

## El extraño

Era una luminosa mañana de domingo de principios de abril. El clima era inusualmente benigno para esa época del año y, como suele ocurrir en esos casos, los parques estaban llenos de paseantes, ávidos de aprovechar hasta el último rayo de sol.

La señorita Thomson y sus hermanas habían comenzado el día con su rutina habitual. Se habían levantado al amanecer y a las siete de la mañana, el señor Keeper les había llevado la fruta del desayuno, puntual como siempre. Tras el paseo matutino, descansaban a la sombra de una acacia observando con cierta indiferencia a los caminantes, principalmente familias y estudiantes. La señorita Thomson inclinó a un lado su elegante cuello, llevada por un ligero sopor. Y de repente, allí estaba.

Era la primera vez que le veía en el parque y sin lugar a dudas no se parecía a nadie que ella hubiera conocido antes. Caminaba con porte atlético y majestuoso, como si el mundo entero le perteneciera. Sin embargo fue la insolencia de sus ojos amarillos, que no se apartaron de ella ni un solo momento, lo que la fascinó. Cuando llegó el momento de retirarse, la señorita Thomson se incorporó con la ligereza de una pluma y se alejó, no sin antes dedicarle una última mirada, teñida de curiosidad. El gesto hizo caer la cesta de fruta, que descansaba blandamente sobre la hierba. Rodaron cinco manzanas.

A partir de aquel día, le encontró siempre en el mismo sitio, esperándola, devorándola con los ojos. Nunca se produjo un acercamiento entre ellos, la señorita Thomson sabía que aquello era imposible, pero su obsesión por él fue creciendo día tras día. Sus hermanas, más asustadizas, le advertían inútilmente del peligro que suponía dejarse cautivar por un extraño. Ella, lejos de hacerles caso, le observaba con lánguida coquetería.

Hasta que llegó una tormentosa tarde de verano. El aire, cargado de electricidad, presagiaba una lluvia torrencial y los escasos visitantes del parque se apuraban por volver corriendo a sus casas. Pero ni siquiera el eco amenazante de los primeros truenos asustaba lo más mínimo a la señorita Thomson. Sus hermanas acababan de marcharse y ella se había rezagado un último minuto, su mirada presa en el rostro de su enamorado. Estaba más guapo que nunca. Sus ojos amarillos brillaban voraces y el viento agitaba con fuerza su hermosa cabellera castaña.

La lluvia cayó de repente, a oleadas. Ellos permanecieron inmóviles, atrapados en un instante eterno, hasta que un rayo alcanzó la alambrada que le mantenía cautivo. La puerta de la jaula se abrió con un chisporroteo y él salió con paso lento y decidido, casi sensual. Sin dejar de observarla.

La señorita Thomson supo que había llegado el momento. En los últimos meses había fantaseado a menudo con la idea de escaparse. Sólo tenía que subir a lo alto de la pequeña colina más próxima a la verja, coger carrerilla y saltar. Trastabilló ligeramente al caer, mostrando una deliciosa torpeza en sus delicadas patas y fue a su encuentro.

Cuando el señor Keeper inició su ronda habitual a las 7 de la mañana, descubrió extrañado que una de las Thomson no acudía a tomar su ración diaria de fruta y brotes de hierba. Poco después comprobó que tampoco el león parecía interesado en desayunar. Aparentemente, no tenía hambre.